

EDITORIAL

El lenguaje de la diferencia y la nación imaginada

La nación, no empuja las certezas con que los historiadores hablan de sus "orígenes", es uno de los conceptos más elusivos y ambiguos de la modernidad. Para Partha Chatterjee, la nación "es el concepto menos elaborado teóricamente del mundo moderno." Tal aseveración apunta al fracaso de los intentos teóricos de definir la nación a base de un solo criterio "determinante" como la lengua o la etnicidad, o a base de una combinación de estos criterios, tales como la lengua, territorio común, cultura común, religión, etc.. Estos intentos por definir la nación a base de criterios universales e inmutables no han podido contener ni la complejidad, ni la diversidad, ni la riqueza histórica del "problema nacional".

Ha habido, sin embargo, otras perspectivas de la nación. En la década del veinte, el marxista peruano José Carlos Mariátegui bosquejó una de las más fecundas al afirmar de forma herética que: "La nación...es una abstracción, una alegoría, un mito que no corresponde a una realidad que pueda ser definida científicamente". A partir de los años ochenta, con el agotamiento del registro positivista de la nación, tal perspectiva ha venido ganando fuerzas. La pujanza de esta tendencia intelectual se muestra en la multiplicación de trabajos que, como los de Benedict Anderson, *Imagined Communities* (1983), Ernest Gellner, *Nations and Nationalism* (1983), Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), *The Invention of Tradition* (1983), Homi Bhabha, ed., *Nation and Narration* (1990) y Partha Chatterjee, *The Nation and Its Fragments* (1993), leen la nación como una creación cultural o simbólica y no como un hecho empírico a ser constatado "científicamente".

Estos trabajos demuestran que la nación no es el producto de determinadas condiciones sociológicas tales como lengua, religión, o etnicidad, y que la nacionalidad no tiene una "esencia" que nos remita a un origen "verdadero" o

"auténtico". La nación es una "comunidad imaginada". Es decir, una construcción imaginaria. Como dice Hobsbawm en *The Invention of Tradition*:

It is clear that plenty of political institutions, ideological movements and groups -not least in nationalism- were so unprecedented that even historic continuity had to be invented, for example by creating an ancient past beyond effective historical continuity either by semi-fiction...or by forgery...It is also clear that entirely new symbols and devices came into existence...such as the national anthem...the national flag...or the personification of the 'nation' in symbol or image.

En igual sentido se pronuncia Gellner en *Nations and Nationalism*:

El nacionalismo engendra las naciones, no a la inversa. No puede negarse que aprovecha -si bien de forma muy selectiva, y a menudo transformándolas radicalmente- la multiplicidad de culturas, o riqueza cultural preexistente, heredada históricamente. Es posible que se hagan revivir lenguas muertas, que se inventen tradiciones y que se restauren esencias originales completamente ficticias...Los retales y parches culturales que utiliza el nacionalismo son invenciones históricas arbitrarias. Cualquier otro retal con su consiguiente parche hubiera servido también.

Aún así la mayor parte de la intelectualidad puertorriqueña, sigue empeñada en fijar la "esencia" de nuestra nacionalidad. Esta obsesión con la identidad nacional ha caracterizado no sólo la literatura sino las demás áreas de producción intelectual y cultural del país. De ahí la vigencia que sigue teniendo para importantes sectores intelectuales el interrogante planteado hace 60 años por Antonio S. Pedreira en *Insularismo*: "¿cómo somos?... ¿qué somos? los puertorriqueños globalmente considerados." La articulación en el texto clásico de Pedreira de una definición totalizante de la identidad nacional sirvió para

consolidar un proyecto de afirmación puertorriqueña basado en *la defensa de lo hispánico frente a la amenaza de la cultura norteamericana*. En años recientes -como se demuestra con el debate sobre el idioma oficial y la celebración del Quinto Centenario- hemos asistido a la reformulación del imaginario nacional formulado por Pedreira. Estamos ante una figuración que reduce nuestra nacionalidad a una esencia étnica (la hispanidad) o lingüística (el español) y que postula, por tanto, una nacionalidad homogénea que suprime las diferencias y pluralidades irreductibles de lo social en Puerto Rico y excluye a amplios sectores de su definición de la nación. De acuerdo a esta concepción de la nación, los que ponen énfasis en la heterogeneidad cultural adoptan una postura que beneficia tan sólo al proceso de asimilación cultural y, por ende, la pérdida de nuestra identidad nacional. Es desde esta perspectiva que debe entenderse la defensa que los sectores neonacionalistas hacen de la oficialización del idioma español.

Esta concepción totalizante de la nación no es diferente a la que en México ha llevado a la *exclusión de las comunidades indígenas* que no son hispanoparlantes. Tal exclusión, como demuestra Beatriz Garza Cuarón, es una de las razones fundamentales de la sublevación armada en Chiapas, donde casi un tercio de la población es de origen maya y donde por lo menos uno de cada cinco habitantes habla una lengua amerindia. La lucha de estas comunidades indígenas es contra la discriminación que los hace invisibles y a favor del reconocimiento de su mexicanidad. Pero la mexicanidad que reclaman estas comunidades es una que reconozca su autonomía cultural y política, no una que pretenda disolver sus diferencias culturales y sus tradiciones. El levantamiento armado de Chiapas y la resistencia de estas comunidades indígenas a disolver su identidad cultural en una nacionalidad homogeneizante es un testimonio elocuente de cómo se redefine de manera más democrática una nación desde sus bordes. Nos demuestra, además, que aunque se piense la nación en términos totalizantes no se pueden eliminar las diferencias que se quedan en los márgenes, reprimidas.

El debate sobre identidad cultural en Puerto Rico ha tenido un carácter marcadamente "insularista". Por eso los defensores de "lo hispánico" ignoran o no le dan importancia al señalamiento que destaca Stephen A. Wurm en el sentido de que "el bi- o el multi-lingüismo es una práctica extendida por todo el mundo y que en algunos casos se aproxima a ser la norma en muchos países o en parte de ellos...En muchos de estos países el bi-culturalismo es también la práctica general". Esta perspectiva multicultural abre el lente para dejar espacio a la diversidad y multiplicidad de identidades que caracterizan al mundo contemporáneo. Más aún, nos ofrece, una manera diferente de entender el problema del impacto del proceso de globalización en la identidad nacional. Problema crucial puesto que vivimos en un mundo sin fronteras culturales ni económicas y donde las fronteras políticas se transforman, literalmente, a diario. El nuestro es un mundo donde las telecomunicaciones y la informática nos permiten estar en muchas partes a la vez. Un mundo donde los objetos nómadas -fax, celulares, modems, computadoras- subvierten nuestros vínculos tradicionales con la cultura y la nacionalidad. Vivimos, en fin, en una época caracterizada por la globalización de la economía y de la cultura. El resultado de esto, sin embargo, no es una cultura universal y homogénea sino la multiplicación de identidades heterogéneas y diversas que ponen en entredicho cualquier discurso esencialista que pretenda fijar de forma inmutable la identidad nacional. En el mundo contemporáneo, en conclusión, "lo nacional" está atravesado por el proceso de globalización, pero eso no ha significado la pérdida de nuestra identidad nacional, de nuestra diferencia.

Carlos Pabón